

La redaccion de *El Oriente* era esto mismo; mas habia en ella un gabinete con chimenea, seis sillas, dos butacas y un sofá de guttapercha, una mesa de escritorio, y cuatro mapas clavados á la pared y medio cubiertos de polvo.

Éste era el despacho del director, que comunicaba por una puerta con la redaccion, y por otra con la imprenta, y hasta el que tuvieron que penetrar Gil y Javier para llegar hasta el oráculo, que á la sazón trataba de averiguar quién revendia los billetes de los espectáculos públicos á la puerta misma de los teatros que los enviaban; pero no podia indagarlo, á pesar de que en las redacciones de los periódicos todo se sabe.

Javier seguido de Gil entró diciendo:

—Mi querido grande hombre, aquí te traigo un admirador de tus talentos, una persona de mérito, que desea conocerte: el señor D. Antonio Gil y Agudo, antiguo amigo de mi casa é íntimo amigo mio.

—Caballero, dijo el director, tendiendo la mano al que acababa de presentarle Javier, me proporciona V. una satisfaccion.

—La satisfaccion es mia, replicó Gil.

—Bravo.... exclamó Javier; mientras ustedes se hacen todos los cumplimientos que el caso requiere, yo me voy con la música á otra parte....

—Espera, espera, le gritó su compañero de universidad.

—No puedo, tengo mucha prisa.

Y diciendo y haciendo, desapareció por la misma puerta que habia entrado.

—¡Qué artículo! amigo mio. ¡Qué artículo! dijo entónces Gil arqueando las cejas y dando á toda su fisonomía la expresion del más sincero asombro.

—Ya sé que me lo atribuyen, añadió el otro suspirando; pero en honor de la verdad debo decir que no es mio.

—Comprendo esa modestia, que siempre sienta bien á los talentos superiores.... mas desengañese V., que el verdadero mérito no puede estar mucho tiempo oculto.... Además, comprendo que hay peligro en descubrirse, porque al ministerio debió hacerle muy poca gracia.

—Muy poca, añadió el director de *El*

*Oriente*; y en rigor yo soy el responsable de que se haya publicado.

— Le tendrán á V. una ojeriza.....

— No señor..... He tenido una larga conferencia con el presidente del Consejo, y lo he dejado satisfecho diciéndole la verdad.

— ¡La verdad!..... respondió Gil con la malicia más cándida del mundo.

— Lo que V. oye..... Ese artículo lo recibí por el correo interior; lo léí y me pareció bien: los datos eran excelentes y los cálculos estaban bien hechos, podían servir de advertencia al Gobierno, y lo dí á la imprenta con la mejor intención del mundo.

Mostró Gil una sonrisa de tan lisonjera incredulidad, que el ya famoso director de *El Oriente* añadió con aire de importancia.

— No le diré yo á V. que no haya en él algo mio..... Tuve que ordenarlo, que corregirlo, en fin, darle literatura..... arte..... Acaso las frases más felices me pertenezcan..... No niego que tenga alguna parte en lo redondo de los períodos y en lo castizo de la forma; pero la idea no es mía.

— La idea, phs, la idea es lo de ménos,

porque una idea la tiene cualquiera..... cualquiera que esté despacio y piense dos horas..... El mérito está en la forma, en la frase, en la palabra..... Y el periodista no es en rigor el hombre que piensa, sino el hombre que escribe. ¡Caramba! no tiene tiempo para otra cosa.

— Si tuviéramos á la mano el original del artículo vería V. confirmada su observación, pues corregí una frase de que no hago memoria con tan feliz acierto, que es la que le da todo el tono al artículo.

— Tendría mucho gusto en ver eso, se apresuró á decir el Sr. Agudo.

— Pues lo veremos.

Y levantándose, abrió la puerta que daba á la imprenta y gritó.....

— Que venga el regente.

El jefe de la imprenta no se hizo esperar, y acudió apareciendo detras del director. Éste le dijo:

— Tráigame V. el original de *Los cencerros tapados*.

— ¿De *Los cencerros tapados*?..... preguntó el regente.

—Sí, repitió Gil; de *Los cencerros tapados*.

—¿Y dónde estará eso?

—Deberá estar en la imprenta, contestó el director.

—En la imprenta..... pues échele V. un galgo; hace ya diez días que se publicó ese artículo, y todas las semanas se limpia la imprenta de original..... Probablemente se habrá quemado.

—¡Qué lástima! exclamó Gil; yo pagaría una cuartilla de ese original á peso de oro. A fuerza de constancia he reunido una buena colección de autógrafos contemporáneos, y dos renglones originales de ese artículo me la completarian.

—Eso para pensado era muy bueno.

En aquel momento dijo el director admirado:

—¡Otra vez aquí!.....

—Otra vez, contestó Javier entrando. Imagínate que se me ha olvidado lo principal..... lo primero que traía en la memoria, lo que más me interesa en este momento..... Es decir..... no es una cosa que me quita el sueño, pero vamos, quiero decir que no de-

bia habérsame olvidado; pero sí, vaya V. á echar cuentas con la memoria; cuando uno más desea acordarse de una cosa, más pronto se le olvida.

—Acaba..... acaba..... dijo el director de *El Oriente*..... siempre has sido hablador..... pero en este momento se atropellan las palabras en tus labios, como un cántaro lleno que se aboca de pronto.

—Yo te diré..... es que necesito un secretario..... un secretario de toda mi confianza, y sólo tú puedes proporcionármelo.

Mientras Javier hablaba con su compañero de universidad, Gil hablaba con el regente de la imprenta.

—¡Un secretario! ¿y dónde diablos te encuentro yo un secretario?

Al mismo tiempo decía el regente:

—Es imposible encontrar ni media cuartilla.

Y el director añadía:

—Vamos, tú querrás un hombre maduro, experimentado.

—No, replicaba el hermano de la Marquesa; precisamente lo que yo necesito es un

jóven..... los viejos no sirven para nada.

Y Gil le decía al regente :

— Usted no sabe lo que vale un autógrafa; una sola letra de ese original le valdría á usted una fortuna.

— ¿Lo has visto entrar? preguntaba el director.

— Sí; es un jóven casi rubio que tiene los ojos negros. Se ha metido en la imprenta.

— Ya..... será el corrector de pruebas.

— No sé; pero ya sabes que yo me dejo llevar de las primeras impresiones; me ha gustado su facha y creo que me conviene.

— En ese caso, lo llamaremos ahora mismo, se lo diremos, y me parece que no habrá necesidad de rogárselo.

— Mejor es que tú me lo recomiendes..... Sabes que busco un secretario, te has acordado de él y me lo has propuesto; ¿qué trabajo te cuesta hacerle ese favor?

— Ninguno; ahora verás.

Y volviéndose al regente, que continuaba hablando con Gil, le preguntó :

— ¿Está ahí Lanuza?

— Sí señor.

— Pues que venga.

— Entónces Gil, que parecia algo contrariado, dijo :

— Si V. me lo permite, señor director, voy á ver la imprenta; soy algo aficionado al arte tipográfico, porque yo sé de todo un poco, ó más bien, de todo quiero saber algo.

— Tiene V. toda la casa á su disposicion, le contestó el amigo de Javier, y el regente le enseñará á V. la imprenta y le dará razon de todo cuanto quiera saber. Yo mismo lo acompañaré á V.

— No, no, se apresuró á decir..... nada de cumplimientos..... con el regente..... tengo bastante para saber lo que quiero.

Las últimas palabras las pronunció bajando la cabeza, de modo que al bajarla se pudo guiñar el ojo á sí mismo sin que nadie lo viera, entrándose en la imprenta detras del regente, que le hizo el honor de tener la puerta para que pasára más cómodamente.

Por aquella misma puerta, un momento despues, entró el *corrector de pruebas*, al mismo tiempo que Javier parecia distraido en

examinar un mapa de los que adornaban las paredes.

—Vamos, exclamó el director al ver entrar á Miguel; ha llegado el dia de que le cumpla á V. mi palabra, y me parece que puede V. darse la enhorabuena. Y bajando la voz y acercándose á su oido, añadió: es una prebenda de las que entran muy pocas en libra. Cuando yo hago un favor lo hago en regla.

—¿De qué se trata? preguntó Miguel.

—Se trata de que mejore V. notablemente de posicion; de que deje V. de ser corrector de pruebas, aunque sea de *El Oriente*, para ser secretario particular, secretario íntimo de un personaje.

—¿Y cómo ha sido eso?..... dijo Miguel sorprendido.

—Va V. á saberlo; ese caballero que examina el mapa de Italia es el personaje es rico y espléndido, y ademas muy amigo mio. Yo sabía que buscaba un secretario..... le he sacado la conversacion del asunto pensando en usted. Hemos hablado largamente, y creo que es cosa hecha.

Miguel no disimuló que la noticia le era agradable, porque si es verdad que habia renunciado resueltamente á ser rico, tampoco habia hecho juramento solemne de ser eternamente corrector de pruebas.

El Director no creyó necesarias más averiguaciones, y volviéndose á su amigo que continuaba examinando el mapa de Italia, le dijo:

—Javier, aquí tienes á mi recomendado.

—¡Hola! exclamó. ¿Es éste el jóven de quien haces tantos elogios?

—El mismo, contestó el director.

—Amigo mio, dijo entónces el hermano de la Marquesa, poniendo jovialmente la mano en el hombro de Miguel; va V. á ser dueño de todos mis secretos, por lo cual le ofrezco á V. doce mil reales de sueldo..... casa y mesa.

—La casa y la mesa sobran, replicó Miguel; con el sueldo me basta.

—Perfectamente; es negocio concluido; pero hoy será preciso que venga V. á mi casa y almorcemos juntos, y almorzando se enterará V. de mis asuntos.

—¡Hoy!..... dijo.

Realmente aunque dijo «hoy.....», quiso decir: «así.....» Esto es, «en este traje..... en esta facha.....»; porque aún cuando iba mejor vestido que la primera vez que lo encontramos, en aquel momento y mirándose desde la altura de su nuevo empleo, se pareció deplorable.

De este modo debieron entenderlo Javier y el director de *El Oriente*, pues los dos á la vez dijeron:

—Aun tiene V. tiempo de vestirse.

—Tiempo sí, repitió con risueño desembarazo; pero el tiempo, que en Inglaterra es oro, en España no es ni ropa.

Los dos compañeros de universidad se echaron á reír, celebrando la gracia con que habia confesado su miseria. Y Javier lo cogió del brazo, diciendo:

—Éste es el hombre que yo necesito. Hoy mismo, ahora mismo, vendrá V. á mi casa y almorzaremos juntos; almorzaremos en mi cuarto solos mi secretario y yo.

—Déjeme V. á lo ménos que tome mi sombrero.

Al entrar lo habia dejado sobre una silla, y el director se lo puso en la mano, y asidos del brazo, ó mejor dicho, cogido Miguel por Javier, que se reía como un loco á cada palabra que pronunciaba su secretario, bajaron la escalera y entraron en el coche que esperaba á la puerta, inmóvil, á pesar de la impaciencia de las arrogantes yeguas.

Entre tanto, nuestro buen A. Gil y Agudo habia registrado hasta el último rincón de la imprenta, repasando papel por papel todos los originales que encontró en ella, pero con tan mala suerte, que no encontró ni rastro siquiera del famoso artículo de *Los cennerros tapados*, y salió al fin desconsolado, porque su coleccion de autógrafos contemporáneos iba á quedar manca.

—Es buena imprenta, dijo entrando en el gabinete del director; pero falta un departamento.

—¿Cuál? preguntó su nuevo amigo.

—Uno, en el que pudiera archivar, á lo ménos por un año, el original auténtico de los artículos que publica el periódico.

—Eso sería inútil.

—Inútil muchas veces, casi siempre, pero en alguna ocasion utilísimo.

—Nadie ha pensado en ello..... ya sabe usted que las producciones periodísticas son flores de un dia. Cuando nadie se toma el trabajo de conservar lo impreso, ¿á qué guardar los manuscritos?

—Ya lo comprendo, pero es para mí una contrariedad; para mí únicamente, que tengo, como ya he dicho, una coleccion de autógrafos contemporáneos, como de seguro no la hay en el mundo..... Hoy vale poco, pero figúrese V. mañana.

—¡Oh! mañana será un tesoro.

—En verdad, añadió reflexionando, puedo remediarme; su letra de V..... ésa es corriente, y la otra..... Le he de traer á V. muestras de todas clases de letras, y alguna le parecerá. De este modo veré si consigo enriquecer mi coleccion, aunque no sea más que con una especie de *fac-simile*. En la letra que segun V. recuerde sea más parecida á la del artículo, hago copiar una cuartilla, intercala usted en ella sus correcciones y tendré..... algo.

—Recuerdo, dijo el director de *El Oriente*, que era una letra menuda encadenada, formando renglones torcidos hácia arriba, renglones que subian, las *tees* estaban cortadas por rasgos muy marcados; las *ues* de corazon parecian *oes* abiertas. En fin, los párrafos aparte empezaban casi á la mitad del renglon; era sin duda una letra disfrazada.

—No importa, advirtió Gil; es más fácil imitar la letra de otro que disimular la propia, y para mi objeto, los datos que acaba usted de darme son preciosos; V. no extrañará.....

—Cá, no señor; comprendo perfectamente la manía de las colecciones; figúrese V..... yo soy algo numismático.

—Entonces, exclamó Gil casi abrazándole, nos entendemos perfectamente. Un monetario..... un buen monetario es lo que hay que tener en el mundo.

Al pronunciar estas últimas palabras cogió su sombrero y se despidió del director de *El Oriente*, haciéndole los más corteses ofrecimientos, dejándole una tarjeta y pro-

metiéndole otra visita, y aún algunas monedas raras que debía tener, porque él tenía de todo un poco.

El director lo acompañó hasta la escalera á pesar de su resistencia, y hecha la última cortesía, se separaron.

El primero volvió á su despacho restregándose las manos, y diciendo:

—Es un buen hombre y muy instruido.

El segundo se lanzó á la calle pensativo y cabizbajo; sin duda no le habia salido la cuenta.

—Ese infeliz es tonto, dijo; no se apropia el artículo por miedo y se atribuye las correcciones por vanidad..... Una sola cuartilla de ese original sería la prueba incontestable..... pero si no consigo la prueba tendré la evidencia..... No es lo mismo; pero al fin es algo.

Dicho esto, empuñó su baston con aire decidido, y apretó el paso como impulsado por una prisa repentina.

Dejemos aquí por ahora al Sr. A. Gil y Agudo.

LEON  
TERRIA

"ALFONSO GIL"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO VI.

El almuerzo.

Ya sabemos por boca de Magdalena que la Marquesa y su hermano vivian en una misma casa, como ella dijo: juntos, pero separados.

Así era la verdad. Javier habitaba los entresuelos, donde tenía suntuosas habitaciones, independientes del resto de la casa, con la que se comunicaba, sin embargo, por medio de una escalera interior, por donde subia de su cuarto al comedor los días que comia con su hermana: formaban ambos una familia, y en rigor no eran más que dos vecinos, que no se molestaban en nada.

Llegó el coche hasta el pié de la escalera principal, y los dos amigos, esto es, Javier y su secretario, se apearon, subieron los pri-